

Autor: Abilio Ayuso

LA LOCA

Ilustrador: Ricardo Blanco



En ocasiones, algunos locos perdidos en sus fantasías paranoicas pueden tener una buena parte de razón, pero ¿Quién va a creer semejantes delirios?.

A pesar de su juventud, Mamen tenía claro su futuro: Necesitaba encontrar un buen muchacho, serio, trabajador y algo tímido para casarse con él y que la mantuviera para el resto de su vida y así poder dedicarse a lo que más le gustaba, que era cuidar de sí misma.

No era fácil, pero tuvo suerte y lo encontró, Aurelio era la víctima perfecta, justo lo que Mamen quería, y como guinda del pastel, además era guapo.

Como aficionado a la filosofía y el esoterismo, cosa nada común en un muchacho de su edad, sus amigos acabaron apodándole Black, y con Black se quedó.

El siguiente paso fue conseguir que él la sacara del ambiente que ella detestaba, la barraquita que compartía con una madre borracha, un padre histérico y un hermano estúpido y mal educado, que sin embargo era el ojito derecho de sus papás que le reían cualquier gracia, la solución fue tirar por la vía rápida, quedarse embarazada, a ello se dedicó y lo consiguió.

Como Aurelio era un chico muy responsable, organizó una boda a toda prisa y montó un pisito de alquiler endeudándose hasta los ojos.

Mamen ya tenía su presa y en los años siguientes se dedicó a envolverle con su tela de araña, poco a poco y con cualquier excusa consiguió que se distanciara de familia y amistades, incluso recortó de su álbum las fotos donde salían antiguas amigas y para asegurarse de que no aparecería ninguna nueva hizo gala de unos celos enfermizos de forma que, si se cruzaban con una chica por la calle, Aurelio estaba obligado a mirar hacia otro lado para que no estallara la tormenta.

Luego fue el tema material, ella le coaccionaba para que ganara el máximo posible haciendo horas extras además de la jornada laboral, pero procurando que no gastara una miserable peseta ni siquiera en comprar el periódico.

Tampoco la manutención era un capítulo prioritario en aquella familia, siempre había que comprar los alimentos de oferta y la calidad más barata para que la señora pudiera derrochar en peluquería, ropa, cosméticos y todos los tratamientos de belleza habidos y por haber.

Tuvieron una preciosa niña de la que ella apenas se ocupaba, o bien se la dejaba a su madre, aunque por su embriaguez permanente no era el

mejor ejemplo del mundo, o era Aurelio quien se encargaba de la chiquilla, aunque también en este aspecto el presupuesto estaba restringido a cero, podían pasear o realizar cualquier actividad totalmente gratuita, pero ni soñar en gastar llevándola a un parque de atracciones o montarla en unos simples caballitos si no querían que la señora organizara un verdadero escándalo.

Para que la existencia de la chiquilla no fuera miserable, Aurelio organizó una doble vida: Para el almuerzo de media mañana en la empresa se preparaba un enorme bocadillo, del cual sólo consumía la mitad, reservando el resto para comérselo a las tres de la tarde en el propio despacho, con lo cual, ahorraba el menú del bar y podía hacer una hora extra más en lugar de salir a comer.

Ese dinero ahorrado de tan triste forma quedaba escondido en el doble forro de la puerta del coche y servía para poder llevar a la niña al cine, a montar a caballo, un parque de atracciones o patinar sobre hielo, la chiquilla, como inteligente que era, aprendió rápidamente que si su madre preguntaba donde habían ido, debía responder: “A pasear, al parque”.

Así continuaron durante años, con la bruja exigiendo más y más dinero para sus caprichos. En una ocasión, llegó a convencer a Aurelio de que toda esa problemática nacía de un complejo de inferioridad que seguro que se le pasaría con determinadas operaciones de cirugía estética, el muchacho cayó en la trampa y aprovechando sus buenos contactos, solicitó un crédito a largo plazo para que la señora pudiera mejorar su imagen.

Todo fue en vano, el carácter de Mamen no cambió ni un ápice, incluso empeoró de tal manera que, a pesar de su juventud Aurelio renunció a tener relaciones sexuales con ella, entre otras cosas para no ser acusado de que los anticonceptivos podían perjudicar el físico de su señora.

No obstante, a pesar de ser nula la relación afectiva entre ellos, Mamen seguía haciendo gala de unos celos exacerbados, con lo cual se convirtió en el perro del hortelano, que ni come ni deja comer fruta.

El egoísmo de aquella mujer era patológico, sólo se preocupaba de ella misma, su salud, su bienestar, su belleza. En ocasiones cuando Aurelio volvía tarde de trabajar encontraba a la niña fregando el piso, en lugar de

hacer los deberes del colegio, para que la señora, que no trabajaba, tuviera más tiempo para su relax y tratamientos de belleza.

A partir de los nueve años, la niña comenzó a pedirle a su padre que se separaran de mamá y se fueran a vivir juntos, pero Aurelio se resistía pensando, en base a los prejuicios de la época, que una niña necesitaba una madre por negativa que ésta fuera.

De tal forma, fue Marina, la niña, la que a los once años se buscó una madre sustituta haciendo amistad con una muchacha instruida de carácter alegre y deportivo con la que coincidían todas las semanas en la pista de hielo.

De la amistad con la niña pasó a tenerla con el padre, de quien acabó siendo su amante, y Aurelio pensó que había encontrado una buena madre para su hija, con lo cual ya podía iniciar los trámites de la separación.

Sin embargo el buen hombre tropezó con dos problemas: En principio el machismo de la época condicionaba que en caso de separación, una niña tuviera que ir a vivir preferentemente con la mamá y no con el padre, el segundo fue que Mamen no tuvo escrúpulo alguno en amenazar y presionar a la niña para que declarara que no quería vivir con su padre y ni siquiera verlo.

En esta disyuntiva tomaron parte interesada los padres de Mamen que bombardearon a la niña con la idea de que Aurelio era muy malo y no tenía que verlo, a pesar de que sabían perfectamente que era el único que cuidaba de Marina y por otro lado la clase de pieza que era su hija, aunque finalmente se cumplió la ley del karma y acabaron pagando su maldad.

El pobre hombre se quedó sin las visitas de fin de semana. Cuando fue a pedir ayuda a las dos asistentes sociales del centro donde se debía hacer la entrega y las vio gordas y arrellanadas en sus poltronas se le cayó el alma a los pies, el mensaje fue claro: “Estamos muy tranquilas aquí, no nos molestes con tus problemas”.

La última vez que pudo hablar con su hija, ella le dijo: “Papá, ya sé que tú eres muy bueno y ella muy mala, pero precisamente por eso le tengo miedo y haré lo que me mande”.

Aurelio, con los ojos enroscados en lágrimas respondió: “Cariño, no voy a solicitar más tu presencia aquí, tu madre te usa como cebo pensando que si logra apartarte de mi vista, con lo que yo te quiero, volveré a ella como un cordero, pero yo te quiero más aún, y sé, que cuando el pescador lucha por atrapar al pez que se resiste, quien más sufre es el gusanito usado de cebo, sabes mi teléfono y donde voy a vivir, cuando puedas y quieras tienes mis puertas y brazos abiertos”.

Y así quedó Aurelio sin piso sin hija, teniendo que pagar una pensión para el mantenimiento de una hija que no podía ver y los últimos plazos de la operación de cirugía estética de Mamen.

Pero cuando se le secaron las lágrimas rehízo su vida con su nueva novia, adoptó un perrillo perdido y se replanteó las cosas con frialdad, no era justo pagar una mensualidad por una hija a la que le impedían dar un simple abrazo, pactó un despido en la empresa donde trabajaba, buscó otro empleo trabajando por negro, agotó el paro y dos años después se presentó al juicio de divorcio como un indigente que vivía de la caridad, el porcentaje de cero es cero, la pensión quedó anulada.

Por otro lado, Mamen estaba furiosa de ver que pasaba el tiempo y Aurelio no volvía, con lo cual recurrió a otros métodos, comenzó a visitar a brujos, adivinos y nigromantes para hacer toda clase de conjuros para lograr que a su ex todo le fuera mal y tuviera que volver con las orejas gachas, pero los rumores que le llegaban eran todo lo contrario y a quien le iban las cosas mal era a ella.

Tanto es así que no pudo pagar el piso y tuvo que irse a vivir con sus padres en una barriada de mala muerte, en este punto fue cuando ellos, en la convivencia con su hija se dieron cuenta de en qué clase de bicho se había convertido.

La niña en cuanto cumplió la mayoría de edad buscó un trabajo y le dijo “Ahí te quedas”, sin embargo, no se atrevió a reiniciar la relación con su padre hasta años más tarde, tal vez lastrada por la vergüenza de haberle fallado en el momento decisivo.

La muchacha no lo tuvo fácil teniendo que trabajar y acabar los estudios a la vez, su vida fue muy cuesta arriba, pero era una chica lista, valiente y decidida y salió adelante.

Como Mamen estaba cada vez más desquiciada y fuera de sí, se dedicó a descargar su furia y su odio con los que tenía más a mano, sus padres, especialmente la madre alcohólica que era la más vulnerable, le decía: “Se que Black me hace conjuros malignos, y tu le ayudas, porque sino él no tendría suficiente fuerza para atacarme”.

La mujer entró en depresión severa, tenía pánico de su hija y evitaba verla el máximo posible, lo cual, en un pisito de cincuenta metros cuadrados, era bastante difícil.

La cosa llegó a tal extremo que tanto el padre de Mamen como su hija presentaron contra ella una denuncia conjunta en el juzgado, fue citada, no se presentó, hasta que llegó la policía a su casa y se la llevó esposada ante el juez que la derivó al forense especializado en psiquiatría.

Allí fue tal la parafernalia de historias de un Black maligno, su exmarido, que le hacía conjuros nocturnos que sólo ella percibía Etc. que llegó a contar al psiquiatra, que éste la mandó directamente al manicomio.

Allí estuvo ingresada un tiempo hasta que la dejaron salir con la condición de que siguiera tomando la medicación.

A partir de entonces, perdió la capacidad legal y quedó bajo la tutela y autoridad de su hija, sus padres murieron uno detrás de otro con poca diferencia y allí quedó la furibunda y rencorosa Mamen abandonada en un piso perdido en el extremo de la ciudad, maldiciendo su suerte y dependiendo para todo de una hija que la odiaba.

Los brujos no le daban solución alguna hasta que, tal vez para quitársela de encima, le dijeron que Aurelio tenía un gran poder y era imposible hacerle vudú y más al contrario, era él quien le hacía conjuros para que todo le saliera mal.

Por otro lado, Aurelio y su hija se reencontraron y a partir de entonces trataron de recuperar el tiempo perdido, cada vez que podían comían juntos, salían de excursión a la montaña o a dar un simple paseo.

El tiempo, el odio y la impotencia fueron pasando factura a Mamen, hasta que una enfermedad terminal la dejó postrada en su lecho de muerte. En tal trance le pidió a su hija ver por última vez a su ex, Aurelio.

Éste accedió, más por complacer a su hija que por otra cosa, se acomodó en la silla junto al triste lecho pero sin tomarle la mano ni darle un beso como ella hubiera querido.

Allí Mamen, con un hilo de voz le dijo: “Si alguna vez me he comportado mal contigo te ruego que me perdones”.

Aurelio se tomó un tiempo para contestar: “Te podría perdonar lo que me hiciste a mí, pero nunca te perdonaré lo que le hiciste a mi hija”.

“¿Qué le hice?, yo la cuidé”.

“Quitarle un padre cuando más lo necesitaba, por eso te he estado lanzando las maldiciones y mal de ojo durante todo este tiempo”.

“¿Pero entonces tú...?”.

“Si, tus brujos tenían razón, tengo poder para ello y he conseguido convertir tu vida en un infierno, como al que te vas a ir ahora en cuanto mueras”.

Dicho esto se levantó y se fue diciéndole a la enfermera que estaba fuera: “Creo que mi presencia la ha alterado, vigílenla”.

Dentro quedaba Mamen gritando a pesar de su estado: “¡¡¡Yo tenía razón!!!, ¡¡¡No estoy loca!!!, es un brujo, me hace vudú, hay que detenerlo, que llamen a un santero o un sacerdote por favor”.

Hicieron falta tres enfermeras para sujetarla y aplicarle un sedante, mientras ella no paraba de repetir: “Hagan algo, Black es un brujo, me lanza conjuros”.

Pero con su largo historial de psicosis paranoide... ¿Quién va a hacer caso de una loca?”.

FIN